
Cristianos en *esta* sociedad y en *este* tiempo

Reflexiones operativas

Antonio Albarrán Cano

Si hiciera falta introducir

Inicio esta reflexión advirtiéndole de que lo dicho a continuación cae bajo la única responsabilidad del firmante. En ésta, como en cualquier revista o periódico, sólo las opiniones editoriales vienen avaladas por el colectivo que soporta habitualmente la publicación. Este carácter personal no impide que uno se atreva a introducir, como objeto de análisis, la dimensión colectiva de situaciones o perspectivas de presente y futuro, utilizando el plural en la primera palabra del título.

¿Por qué reflexionar ahora sobre estas cuestiones? Por lo mismo que se plantean otros trabajos de este número de FRONTERA. El Gobierno socialista surgido de las elecciones legislativas del 14-marzo-03 propone varias leyes o modificaciones de leyes vigentes, algunas de ellas ya pasadas al B.O.E., que chocan con posiciones tradicionales de la iglesia católica en el campo moral (legalización del matrimonio de personas homosexuales a las que se reconoce el derecho de adopción de niños, agilización del proceso legal para la obtención del divorcio, ya aprobadas y en vigor), o que afectan a un tema tan sensible para

Antonio Albarrán Cano (Madrid), editor.

la iglesia como el de la enseñanza de la religión en la escuela pública y otros temas controvertidos de la regulación de la enseñanza (suspensión de la aplicación de la LOCE y propuesta de una nueva regulación, la LOE, en trámite parlamentario desde finales de julio-05). No serán las únicas leyes que generen fricciones. Aparte el tema de la modificación de los Acuerdos Iglesia-Estado, de 1978/1979, que chirrían con frecuencia en la sociedad y se supone que en las cúpulas de la Jerarquía y del Gobierno.

La reacción eclesiástica, desmedida en más de una ocasión, se ha visto retroalimentada por la oposición de alto voltaje que viene practicando el primer partido de la oposición. La familia cristiana y la familia en su concepción natural, los niños en manos de parejas homosexuales, la iglesia, la fe cristiana misma, estarían sufriendo la peor persecución de los siglos, a manos de este Gobierno laicista. Y se ha hecho inevitable preguntarse de nuevo si es posible ser cristiano, y cómo serlo en *esta* sociedad y en *este* tiempo, aventurándose a hacer alguna afirmación sobre cómo podrían situarse en ella los grupos cristianos.

Permitirá el lector que subraye de entrada lo que pronto irá comprobando. En estas páginas se pretende compartir interrogantes y propuestas desde la realidad, desde la práctica, en un viaje de ida y vuelta hacia la práctica, tamizada por la reflexión. Éstas quieren ser *reflexiones operativas*¹.

1 La reflexión teórica viene dada en otras colaboraciones de este mismo número; en el anterior de FRONTERA: *Vivir y creer en tiempo de crisis*, 34 (2005/2), interesante, y en una página web que ya debe ser familiar a los lectores: www.atrio.org. No quiero dejar de referirme a *Iglesia Viva*, que en su número 221/2005, presta una atención especial a “Laicidad y Cristianismo en España, hoy”; también el siguiente 222/2005: “¿Hacia una espiritualidad posreligiosa?”, me ha suscitado bastante interés. En los últimos tiempos, forzados quizá por la reacción eclesiástica a medidas políticas del actual Gobierno, y por la vida misma que no para, han aparecido numerosas colaboraciones, muchas de las cuales podrán ser vistas por el lector en Eclesalia (<http://www.ciberiglesia.net/eclesalia.htm>).

Así parece que estamos

Cualquier pretensión operativa exige conocer el campo que se va a pisar. ¿Cómo y dónde estamos los cristianos, puesto que esa es la referencia de partida?

Si se han seguido, especialmente desde marzo 2004 hasta la fecha, los diferentes Medios (TV, Radio, Prensa, Internet) y los ecos que éstos hacen de intervenciones de obispos, arzobispos, del portavoz de la Conferencia Episcopal (J.A. Martínez Camino), del Vaticano en distintos niveles jerárquicos, etcétera, el panorama debería parecerles dramático y desolador: los cristianos agredidos, acosados, perseguidos; la sociedad española, gobernada contra los principios de la ley natural; la familia, el matrimonio, desnaturalizados de lo más sagrado y esencial; la nación española, sin futuro; Europa, privada de sus raíces cristianas.

Agradecerá el lector que abrevie el despliegue de adjetivos, pues tendrá suficiente antología en su memoria. Y también que limite la cita de textos a algunos especialmente significativos:

- “[La familia] *atraviesa uno de los momentos más difíciles de su historia [...] se pretende incluso, usando el instrumento noble de la ley humana, desnaturalizar el matrimonio y la familia en lo más hondo y constitutivo de su ser*” (monseñor Rouco, en la homilía de San Isidro, 15-05-05).
- “*España, o será cristiana y católica o desaparecerá como tal*” (monseñor Rouco, en la homilía del domingo 22-05-05).
- “*Estamos en una situación única en la historia de la humanidad. La Iglesia católica en sus 2.000 años nunca se encontró con nada parecido*” (J.A. Martínez Camino, en rueda de prensa el 16-06-05, justificando la presencia en la manifestación del 18 de junio del cardenal Rouco y un nutrido grupo de obispos).
- Si hubiera que citar opiniones más matizadas, dentro del mismo guión general, monseñor Blázquez, en una Conferencia en Aranjuez (Cursos de Verano de la Universidad Juan Carlos I, 4-07-05): “*Son dos leyes [la de la agilización*

del divorcio y la de la legalización del matrimonio entre homosexuales] *que afectan al matrimonio y a la familia gravemente, una seriamente a su estabilidad, y la otra a yo no sé qué. Estas dos reformas manifiestan desafíos importantes no sólo a los cristianos sino también a todos los ciudadanos porque una familia desarbolada queda a la intemperie...*". Y en expresiones o posturas igualmente matizadas, cabría citar también a los obispos Sebastián o Amigo.

No sería justo dejar de aludir al hecho mediático sin precedentes del acompañamiento de los medios a la última enfermedad y muerte de Juan Pablo II y la ascensión al papado de Benedicto XVI. En esta Europa laica, vituperada por ello desde el Vaticano, desde muchos púlpitos y bastantes medios audiovisuales, la iglesia se convirtió en punto focal de media humanidad. ¿Qué hubo tras esa atención espectacular y qué ha quedado de todo ello en resultados contantes y sonantes de incremento de fe en Jesucristo, o de sentido de la vida para inmensas mayorías del ancho mundo? Estas preguntas, y muchas otras posibles, no son retóricas. Monseñor Sebastián afirmó hace unos días que "[los jóvenes de hoy] *no han tenido que apostatar de nada ni de nadie; no han conocido otra cosa. Estamos ya en la segunda generación de un continente en el que no amanece Dios*" (5-07-05, en una Conferencia en el anteriormente citado Curso de Verano, en Aranjuez). Con todo respeto, monseñor, y sin enmendarle la plana, que uno no es nadie para emitir esos certificados sobre presencia-ausencia de Dios: ¿no amanece Dios o es sólo que la iglesia va perdiendo relevancia real?

No es posible ampliar la reflexión. Me limito a traer unas líneas de José M. Castillo (FRONTERA, núm. 34, 2/48) en las que afirma que "se comprende que lo mismo en el funeral de Juan Pablo II que en la entronización de Benedicto XVI, el centro de la solemne ceremonia en ambos casos ... no fue Jesucristo, sino el papa difunto en un caso, o el papa entronizado, en el otro caso. Es decir, lo que la opinión popular de medio mundo percibió en estas dos ocasiones, es que el centro de la Iglesia no es *Jesús y su mensaje*, sino *el papa y sus doctrinas*".

Tras este flash, sugiero volver el objetivo hacia nosotros mismos y mantenerlo abierto. Lo cristiano, lo ciudadano, *esta* sociedad y *este* tiempo histórico, no son realidades que circulan ante nuestra vista, como un programa de televisión. No somos espectadores sino participantes en esta historia. Estamos tocados, concernidos, por esa historia, hasta el punto de que algunos, o todos a veces, nos sentimos cerca o muy lejos. Algunos fueron a la manifestación del 18 de junio, y otros a la convocada para una semana después, reclamando la eliminación de la pobreza en un horizonte cercano, ¡porque ya es posible! Pocas personas estuvieron en las dos (siendo el obispo de La Rioja, el único obispo presente en la de la pobreza, por su condición de Consiliario Nacional de Manos Unidas).

El teólogo J.M. Castillo, en el artículo citado más arriba (FRONTERA, núm. 34, 35ss), habla de *iglesia fracturada*, aunque aparentemente unida, en un proceso más destructivo de lo que la gente se imagina, en una época que ya no produce herejías, pero sí fracturas. Y es pura coincidencia que el filósofo A. García Santesmases utilice el mismo adjetivo, aplicándolo a la *creencia fracturada* (*Iglesia Viva*, 222, 2/136-141), en un comentario al libro de Manuel Fraijó *Dios, el mal y otros ensayos*, un libro muy recomendable (Trotta, Madrid, 2004). ¿Es más grave la fractura de la iglesia o la de la creencia? Son pistas para la reflexión personal.

Así parece ser que nos encontramos según unos y otros, a lo que cada cual añadirá su propia cosecha. Pero, ¿dónde, en qué sociedad estamos?

Un mundo y una sociedad muy diferentes

Esto ha cambiado mucho. Es la expresión más espontánea cuando uno visita ciudades y pueblos que hace tiempo que no ha visto. Cuando decimos eso, aludimos primero al paisaje de nuevos edificios, barrios, avenidas, autopistas, nuevas tecnologías, nuevos proyectos en marcha, etcétera.

Y la economía en primer lugar, pero tras ella hay mucho más, aun no siendo España un país de primer nivel. Tiene relevancia el hecho del cambio económico, del que hemos sido testigos, aun dejando constancia de que es *injusto* porque no llega a todos los ciudadanos en nuestros países, ni a muchos países del mundo; es *insostenible*, porque el medio ambiente sigue hecho unos zorros, gracias a la supercaradura de unos cuantos países (USA el primero), que ni siquiera han ratificado los protocolos de Kyoto; es *inhumano*, porque privilegia unas dimensiones (el disfrute y el poder de los favorecidos) y minimiza el destino universal de bienes tan decisivos como la salud, la cultura, la educación, la solidaridad, y otros bienes de los que se apropian. Por citar un continente, África.

Ha cambiado el paisaje socioeconómico, y otros paisajes. Recuerdo el día, hace entre 15 y 18 años, que me topé cerca de casa con la primera persona de color. Hoy hay muchos colores en el Puente de Vallecas. En algunas clases de la ESO de un Instituto cercano a mi casa, de enseñanza pública, por supuesto, había más de un 30 % de inmigrantes hace tres años. ¿Ahora? Y en un municipio de la región de Madrid, con cerca de tres mil habitantes, más de la mitad son inmigrantes. Si alguien duda de la complejidad inducida por esas cifras, que baje al metro de Madrid en la línea 1 o se acerque a Atocha en el tren de cercanías.

Y la que vendrá, porque la función acaba de empezar entre nosotros, cuando otros países vecinos llevan tiempo de mezclas, roces, diversidad, multiculturalidad, interculturalidad... No me privo de transcribir un párrafo de J. García Roca (*Iglesia Viva*, 221, 1/43), bajo el epígrafe de *la trama mestiza de la vida*:

“El 80% de los ciudadanos no viven donde nacieron. Traspasar las fronteras es el nuevo estatuto de la ciudadanía. Si miras hacia España, la ves como celtíbera, fenicia, griega, romana, musulmana, judía, cristiana, goda... La diversidad y el mestizaje es el estado natural de lo social o, como dice Sartori, ‘el nuevo código genético de la sociedad abierta’. Todo está felizmente contaminado, incluso aquello que

podría reclamar un mayor grado de pureza [...] La ciencia, las lenguas y las religiones han sido violadas y mezcladas de manera constante...”.

Los aspectos culturales, multiculturales e interculturales tienen importancia en sí mismos, pero tienen una relevancia añadida, porque los discriminados culturales son víctimas casi seguras de la gran discriminación, la económico-social: carencia o inferioridad de recursos económicos, educativos, sanitarios, vivienda, consideración social... Un equipo de sociólogos, EDIS, llamaba a esto el “efecto Mateo” (“Al que tiene mucho, se le dará, y al que tiene poco, hasta lo poco que tiene se le quitará”).

El hecho religioso, los valores religiosos vigentes en esta sociedad, están representados e incluidos en el párrafo robado a

La sociedad española es más aconfesional de lo que se presupone

García Roca, con palabras como “diversidad, mestizaje, contaminación, violación, mezcla...”. Los “modos” episcopales prodigados en estos tiempos, con frecuencia excesivos, parecen rebotes nacionalcatólicos. Felizmente el estado democrático

es un alivio de tensiones y no hay peligro de que tengan efectos contraproducentes. Pero, ¿son intuiciones brillantes de comunicación pastoral, denuncias y anuncios proféticos, desveladores del rostro de Dios, o ... ustedes mismos?

He puesto antes en duda la contundente afirmación de monseñor Sebastián de que “estamos en la segunda generación de un continente en el que no amanece Dios”, pero comparto la sensación de que la sociedad española es mucho más aconfesional de lo que se presupone en las formulaciones constitucionales del 1978 y en los Acuerdos Iglesia-Estado de 1978/9, a los que los representantes jerárquicos aluden como paraguas de sus exigencias al gobierno.

Si se consideran algunos segmentos de población, quizá se llegue a la conclusión de que la indiferencia religiosa es mayor

que la imaginada. En la primavera de 2005 se han hecho públicos los resultados de una Encuesta encargada por la Fundación BBVA y realizada por Metroscopia a 3.000 jóvenes universitarios de la mayoría de Universidades españolas. El perfil que se obtiene es el de un estudiante que relativiza sus principios y muestra una alta tolerancia con las opciones de vida de los demás. Para ellos es válido vivir en pareja sin casarse, pero también la reproducción asistida, el matrimonio gay, las madres y padres solteros, la eutanasia, el aborto y la adopción de niños por parejas homosexuales. A todo ello le dan un notable o notable alto, cuando se les pregunta si podrían justificar estas situaciones (en proporción similar los que se profesan no creyentes y los católicos). En lo que se refiere a su adhesión a la fe y a la iglesia, estos datos destacables: un 47% afirma que no profesa ninguna religión y un 45% se dice católico. Más de la mitad (52%) afirma que no se siente nada religioso. La práctica religiosa, aparte las bodas, los bautizos y los funerales, bastante escasa. Los que van al menos una vez al mes apenas suman un 10,7%. En una lista de 10 instituciones (gobiernos, ONG, medios de comunicación, empresas), la iglesia católica obtiene un 2,9 sobre 10. La iglesia resulta suspendida para los universitarios.

Concluamos que, si alguna vez existieron sociedades homogéneas, ya no volverán, a poca democracia que exista, a pocas pateras que crucen el Estrecho y a pocos millones de ciudadanos que accedan a internet. Igual cabe decir de cualquier sueño de homogeneidad en torno a una religión, una ética y una iglesia.

¿O será cosa de echarle voluntad?

Síntomas, cifras e interrogantes acerca de lo que viene

No abundaremos aquí en la conmoción generalizada que provoca la nueva forma de terrorismo, el llamado comúnmente islámico, porque está en titulares casi diarios. Hay otras turbulencias geopolíticas, geoeconómicas, geoculturales, y están las nuevas tecnologías, que son a la vez espejismo, maná milagroso, promesa de bienestar global y, con mucha frecuencia, una

nueva forma de injusticia con aquellos continentes, países o grupos sociales que carecen de la última generación de móviles, por poner un ejemplo. La Unión Europea, que para nosotros ha sido la solución de muchas cosas, ofrece ahora un tiempo de dificultad e incertidumbre.

En marzo de este año participé en una conferencia-debate en el marco de los Editores de Madrid. La conferenciante, Milagros del Corral, Subdirectora General Adjunta de Cultura de UNESCO, tiene competencia reconocida en estos temas. Les traslado un párrafo de su introducción:

“No les descubro nada afirmando que estamos en un momento de profunda transformación de la sociedad, que afecta tanto a la evolución de las civilizaciones como a los valores, certidumbres y modos de vida individuales y colectivos. Esta transformación, que se apunta con la caída del muro de Berlín y se inicia decididamente tras el espantoso atentado de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, se produce además a un ritmo sin precedentes y en un contexto de profundas asimetrías en el que coexisten grupos sociales con un avanzado grado de desarrollo de las libertades públicas, las comunicaciones, la economía, la innovación y la tecnología que les lleva a una voluntad de hegemonía global, y otros de carácter tribal tradicional que viven todavía en etapas casi prehistóricas y parecen destinados a sucumbir a los dictados de esa hegemonía”.

Y ahora, algunas afirmaciones básicas, que nos permiten sospechar por dónde van los grandes vectores, y cómo ubicar razonablemente nuestra tarea:

- Lo nuevo es que, por primera vez, todos tenemos conciencia planetaria.
- Vertiginosa ascensión de China (1.600 millones de habitantes) y la India (1.000 millones) en la geoeconomía y pronto en la geopolítica: 10 holdings chinos, de no más de 10 años, están poniendo en aprietos a gigantes occidentales (DELL, General Electric, Renault, Paribas, DHL...).
- China se propone conseguir el liderazgo mundial en las industrias culturales para el año 2015.

- Los proyectos más innovadores de Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTICs) se encuentran hoy en Bangalore o Hyderabad, nuevos Silicon Valleys de la India, cuya industria cinematográfica, “Bollywood”, es hoy la mayor productora de cine del mundo.
- La India gradúa actualmente cinco veces más ingenieros informáticos que USA.
- El acuerdo de liberalización del mercado de textiles, en vigor desde enero 2005, ha propiciado que el 80 por ciento de la oferta de textiles en Francia sea, en marzo del mismo año, de procedencia china.
- El 100% de las pantallas planas de PCs y TV en establecimientos y domicilios proceden de Asia.
- Corea y China desplazan de los primeros puestos en telefonía móvil a USA y Japón.
- Se prevé que, en 2010, dos tercios de la población de Londres sean personas no británicas.
- Los principales problemas de la escuela hoy, a nivel mundial, son la gestión de la diversidad cultural, los brotes de violencia por pérdida de la autoridad de los docentes, la vuelta inesperada del analfabetismo funcional y, sobre todo, la falta de interés del alumnado por aprender, quizás porque intuye el desajuste de cuanto se le enseña con los nuevos requerimientos del mundo real.
- Ya no basta mejorar la educación. La comunidad internacional se halla en búsqueda de un nuevo paradigma educativo que dé respuesta a la agenda económica (la nueva economía) y a la agenda cultural (dotarse del bagaje necesario para vivir en un mundo globalizado sin perder la identidad).

Y nosotros creyendo que somos el ombligo del mundo y nuestros problemas, los problemas del mundo. Apenas es posible imaginar los paisajes humanos, los nuevos mitos, las nuevas referencias, las nuevas preguntas. ¿Continuamos en la plaza del pueblo, junto al campanario, o levantamos la mirada para otear lo que se mueve en el horizonte? “Creer que se tiene la clave del futuro, es casi un suicidio. Sentirse vulnerable es, tal vez, el

mejor camino para buscar alianzas solidarias. No hay razones objetivas para dejarse llevar por el miedo al futuro, pero hay que constatar que los viejos tiempos no volverán”, continuaba la citada conferenciante, refiriéndose al libro y a la industria del libro. Usted, lector, nosotros lo podemos referir a muchas otras e importantes dimensiones.

Quién manda aquí o cómo construir la convivencia

Sigue abierta la preocupación inicial. Vivimos en una sociedad compleja, multicultural, tensa a veces, rica y pobre, desmadrada en valores diferentes y hasta opuestos, con colores muy diversos, que, en democracia, es espacio para todos y debe ser construida por todos. ¿Pueden los cristianos hacer algo, pueden colaborar a su construcción, o son marginados de esta tarea? Si fueran verdad tantas afirmaciones episcopales de estos meses, los cristianos deberíamos estar buscando catacumbas. Y no es ese el caso, por mucho que se diga con retórica o solemnidad.

Los cristianos, ciudadanos de primera, como todos. En democracia todos tenemos igual condición ciudadana. ¿Alguien tiene la experiencia de que, en estos tiempos, se le haya impedido hacer algo *por ser cristiano*? A lo mejor, o a lo peor, es más sencillo: la sociedad es mucho más compleja y lo cristiano ha perdido la hegemonía.

Pero, atención, en democracia hay *muchos absolutos sueltos*, dicho sea con el mayor respeto, que entorpecen la circulación y el trabajo común:

- El dios del mercado, del dinero, de la competitividad, y de “siempre ha habido clases”, que quiere dominarlo todo.
- El dios de los pueblos, las patrias, las banderas, las tradiciones, las culturas, y su correlato de la España eterna y metafísica, cuya unidad... prosiga usted, lector.
- Los dioses ideológico-políticos (los de cada uno, desde la dictadura del proletariado hasta la cuenta del banco “que eso no se toca”, aunque con frecuencia los llamemos valores y los vivamos como esclavitud de los demás).

- El dios de la ley natural, cuya interpretación “auténtica” se arroga el magisterio de la iglesia católica, y cuyas conclusiones son presentadas como si fueran dogmas.
- Los dioses religiosos y las emanaciones morales y jurídicas a que han dado y dan lugar (el único Dios verdadero, la única moral, el auténtico matrimonio, y pronto quizá el “no hay más dios que Alá y Mahoma su profeta”...). Por supuesto, si Dios existe es el Absoluto, pero aquí no se cuestiona la concepción de Dios sino la forma en que los creyentes proyectamos a Dios sobre el entramado social.
- Y, si fuera el caso, que a veces lo es, el propio laicismo convertido en dios exterminador de lo que siente como competencia.
- ... / ...

**Las instituciones
deben ser respetuosas
con todos, en un
marco ético-jurídico
de mínimos**

No es posible convivir razonablemente, si alguien quiere imponer su absoluto como el único o el mejor, en la economía, la política, la cultura, la religión, la moral, la ley, o llegaremos al absurdo de “con que no creemos en la nuestra, que es la verdadera, y vamos a creer en ésa”. Y es menos posible cuando alguien quiere *imponer su absoluto mediante ley*, o impidiendo que se reformen determinadas leyes por quien tiene mandato popular para hacerlo².

Ya no deberían ser posibles ni la dictadura del proletariado, ni la dictadura del mercado, ni dictaduras étnicas, ni dictadura religiosa o ética alguna. La democracia, mediocre como cualquier

² Así captaba la situación Máximo en su viñeta de *El País* (24-05-05), en un diálogo entre dos perfiles humanos muy respetables:

- Yo estoy en la verdad absoluta y usted está en la verdad relativa. Por eso a usted le parece correcto el matrimonio homosexual y a mí me parece intolerable.
- Entonces las verdades absolutas son peligrosísimas para la convivencia democrática...
- Digamos que, ontológicamente, no pueden dar su báculo a torcer.

realidad humana, tiene esa grandeza. Y cuando se arguye que Hitler se aupó al poder en unas elecciones, es de esperar que no se le justifique, sino que se reclame que el sistema democrático se dote de controles, cuidados y educación cívica, para que siga siendo capaz de florecer cada nueva primavera³...

Además de controles y educación ciudadana, debería promoverse algo así como un pacto social para no argüir en política con “derechos adquiridos” o “derechos históricos”. Sé que lo que acabo de decir herirá a más de un amigo nacionalista. Pero habrá que convenir que en esta hora histórica no nos jugamos las rentas del pasado sino las posibilidades de futuro. ¿Cómo hacer frente de manera equitativa a las necesidades de hoy y mantener la capacidad de afrontar los retos de ese futuro del que apenas conocemos sus balbucesos?

Se impone también que las instituciones políticas y las sociales se constituyan como un *espacio público respetuoso* con todos, soportado en un entramado *ético-jurídico de mínimos*, en el que todos, personas y grupos, se sientan acomodados y estimulados a vivir como ciudadanos y a convivir democráticamente. Los trazos básicos están en la Constitución del 78, o se pueden inventar entre todos cualquier día.

¿Conoce alguien una organización del Estado más útil a estos efectos que un *Estado laico*? Por el Estado laico, mejor, por la *sociedad laica*, apuestan los colaboradores de *Iglesia Viva*, en sendos artículos de Demetrio Velasco, J. García Roca y Carlos García de Andoin, y en la toma de postura del Consejo de Dirección de la revista (nº 221/2005, págs. 7-80). Son textos plagados de mil matices, merecedores de una lectura reposada y crítica. No se la pierdan.

A título personal, habiendo aprendido muchas cosas en la lectura de estos excelentes textos, prefiero proponerme no la cons-

³ Por cierto, en esa educación ciudadana permanente que es la vida, en los últimos meses me ha resultado impactante profundizar en la experiencia límite del nazismo sobre los judíos, a través del horror del Holocausto (Primo Levi, *Si esto es el hombre*, Ediciones B) y su proyección igualmente perversa hacia el propio pueblo alemán, a través de *El Hundimiento*, de J. Fest (Círculo de Lectores) con película del mismo título.

trucción de la laicidad sino la construcción de la convivencia democrática, dando por supuestos la sociedad laica y el estado laico, en los que los cristianos podríamos inyectar buenas dosis de fraternidad, si es que disponemos de ellas, que no hay que darlas por supuestas. En todos los ámbitos a nuestro alcance.

Cuando uno se iniciaba en estas cosas, hace cuarenta largos años, decíamos que el grupo creyente en un barrio no era el grupo 1 o el grupo 8, sino el grupo 0, porque en ese grupo creyente participaban personas diseminadas en varios de los otros grupos. Por eso la proyección de ese grupo 0 sobre el barrio y los diversos acontecimientos debía ser diferente⁴. Sospecho que esta cuestión sigue pendiente de clarificación, incluso tras las contundentes y beligerantes expresiones de C. García de Andoin en su artículo de *Iglesia Viva* (núm. 221, 1/49-72).

Si cuando tres Obispos van a negociar con la Vicepresidenta del Gobierno y otros ministros, van en nombre del Vaticano, de Estado a Estado (lo reafirmaron la última vez), ¿en nombre de quién, cuando salen a la calle el 18 de junio?; ¿en nombre de quién actúan los movimientos apostólicos?; ¿en nombre de quién, el grupo de cristianos en este o aquel partido?; ¿en nombre de quién, usted lector o yo mismo, cuando hacemos algo? ¿Es nuestra referencia cristiana la que hace la unidad en nuestro interior, o siendo importantísima esa referencia porque es referencia de sentido, es tarea exclusiva de cada uno de nosotros ejercer de orfebres de nuestra propia identidad o identidades? ¿En qué medida o dosis entra la referencia eclesial en eso que llamamos referencia cristiana?

Si estas preguntas no son puramente retóricas, si no es retórica, que no lo es, la consideración de la *iglesia fracturada* (J. M. Castillo) ni la de la *creencia fracturada* (A. García Santesmes), habrá de convenirse que la deseable participación cristiana en la construcción de la convivencia, en esta sociedad y en este tiempo, debe ir acompañada de modestia, sin recurso a los truenos sinaíticos ni a las excomuniones, aceptando fraternalmente

4 J. Bertrán, en *Los difíciles caminos de la misión obrera*, explicaba bien esto - por cierto, ¿dónde estás, viejo amigo?

cualquier compañía. ¿Tiene virtualidad evangélica, tiene capacidad de anunciar la bienaventuranza, una iglesia que se afirma como “Estado frente al Estado”, de poder a poder? Puede ser eficaz, pero ¿evangélico? ¿Se parece eso algo al grupo de seguidores del Galileo? Quizá no es capacidad de imposición legal lo que nos falta, sino capacidad de seducción.

Tiene razón García Roca, cuando afirma que “la laicidad es un antídoto contra los absolutos”, aunque sus representantes crean otra cosa, como que ellos no son como los demás.

Por si alguien se acoquina frente a los que habitan en el reino de las esencias (“la familia es...”, “el mundo es...”, “lo auténtico humano es...”, “la iglesia es...”), y porque uno quiere seguir caminando a ras de tierra, un viejo pensamiento de Schillebeeck: *Ninguna realización o situación histórica puede considerarse “cristiana”. Lo único cristiano es superar permanentemente cualquier situación, en la perspectiva de Jesús y de los otros.* Disculpe el lector la ausencia de cita. La aprendí en un libro suyo que comentaba la *Gaudium et Spes*, que ya no tengo a mano.

El importante papel de los creyentes o “si hubiera comunidades de convicciones”

En junio pasado compartí una jornada de reflexión con comunidades cristianas de Valladolid. Me pareció sugerente este trazo como identificación de grupos o comunidades que, en tiempos eclesiales diferentes, hubiéramos llamado comunidades misioneras o militantes. Por estos amigos y por si acierta, utilizo esta caracterización.

¿Cristianos perseguidos, Dios expulsado de la ciudad, imposible la educación cristiana de las nuevas generaciones, la familia atacada...? ¿España así o asá? Meses y meses escuchando no estas preguntas sino sus correlativas afirmaciones, “con contundencia, sin complejos”.

Queda dicho que, si alguna vez fue posible otra cosa, en democracias muy complejas y multiculturales, como va siendo

la nuestra, será cada vez más difícil la hegemonía de valores o normas de conducta, y sobre todo cualquier pretensión de exclusividad.

Todos somos invitados a concurrir con lo nuestro a crear esa convivencia común. Como si alguien tuviera cada mañana el oficio de abrir las teles, las radios, internet, los periódicos, las puertas de las casas, y decir algo así: “¡empieza un día nuevo, el que tenga algo que decir o aportar, que lo aporte; hagan juego, señores, el juego de la democracia; sólo las trampas están prohibidas, todas las trampas...!”. ¿Se imaginan? Pues, eso mismo.

Pero hay algo más. Lo introduzco con un párrafo de García Santesmases, comentando en *Iglesia Viva* (núm. 222, 2/136 ss.) el citado libro de M. Fraijó:

“En un momento donde se discute arduamente acerca de los derechos civiles, los matrimonios homosexuales y la eutanasia, y donde se llenan páginas y páginas en torno a la enseñanza confesional de la religión y a la laicidad del Estado es muy recomendable leer un libro como éste. Fraijó recuerda que hemos sido un país sin teología, por lo cual ni sabíamos en qué creíamos cuando la creencia era mayoritaria ni sabemos en qué hemos dejado de creer en momentos en que la relevancia de la religión ha ido disminuyendo...”.

En una página más adelante, presenta un aspecto importante del pensamiento de M. Fraijó:

“... no es pertinente reducir el cristianismo a ética. El cristianismo es un gran relato que tiene su propia lógica y ésta no se puede cambiar”.

¿De qué se han ocupado y en qué han ocupado a la sociedad española los obispos en los últimos larguísimos meses, y hacia atrás? Bastaría hacer un recuento de titulares de prensa, que al fin es donde quedan los mensajes, el mensaje. Y el portavoz de los obispos es un especialista en frases para titular, un alivio para periodistas. ¡Ojalá sea cierta la promesa de monseñor Blázquez, recogida más arriba, de que “la Iglesia no va a actuar como reacción a las iniciativas del Gobierno ni a rebufa a las cuestiones que otros introducen”!

Para lo dicho, sugiero algunas pistas que, sin serlo, pueden sonar como nuevas en el contexto eclesial-civil de los últimos meses:

- ♦ Somos *ciudadanos de esta sociedad y de este tiempo*, en igualdad de condiciones con nuestros conciudadanos. Sin nostalgia de tiempos pasados, que no fueron mejores desde la óptica cristiana profunda y, si lo hubieran sido, deben ser en todo caso superados. Sin aprioris tampoco para el futuro.
- ♦ Podemos *mirar con buenos ojos* esta sociedad y este tiempo. Recordemos una de nuestras viejas tradiciones, el eco de aquel martilleo del Génesis: *Y vio Dios que era bueno*. Por poner un ejemplo, el reconocimiento legal de las parejas homosexuales puede ser mirado como “una quiebra de la dignidad humana” (Obispo de Girona) o como la llegada de las personas homosexuales a la común dignidad de todas las personas, como “incremento de las libertades” (muchos ciudadanos y la propia justificación de la ley). Muchos ciudadanos y ciudadanas percibimos en nosotros mismos resistencias culturales o éticas, pero ¿negaremos el pan y la sal de la libertad a quienes viven con otra cultura y otra ética? ¿Quién de nosotros tiene encomendado el “oficio de condenar”? Además, no nos quedemos en este tema, lancemos nuestros *buenos ojos* a esta sociedad y este tiempo en sus más vastas perspectivas.
- ♦ Ya puestos, podemos *cuestionar los clichés de bueno y malo* que arrastramos desde tiempos inmemoriales. Podemos hacer un catálogo de clichés y dedicar un tiempo sistemáticamente a esta tarea, aunque todo seguido sería muy duro. Quizá mejor apuntar cuando emitamos un juicio de esos apodícticos, y someterlo a información y debate en nuestros grupos cristianos. Un par de ejemplos. Muchos cristianos, obispos y Papa incluidos, han estado exigiendo que la Constitución europea mencionara “las raíces cristianas de Europa” (no serían raíces, sino injerto, que Europa-Roma existía varios siglos antes del acontecimiento de

Belén). Pero lo que quería traer es que hace un par de semanas me advirtieron que la Constitución del Estado Vaticano no menciona a Dios, cosa que no he podido verificar, pero que, ¡si fuera verdad...! Otro ejemplo; siempre me ha sido difícil entender que el matrimonio, en cristiano, sea indisoluble incluso cuando los cónyuges, tras años e hijos a sus espaldas, han dejado de quererse y hasta se odian. ¿Qué queda ahí de matrimonio cristiano? ¡El contrato!, un hecho jurídico. Dificilillo de entender. ¿Cuántos criterios éticos podrían ser sometidos a la ITV del Evangelio y de la reflexión colectiva? ¿Y si fuéramos afinando nuestro criterio moral, en busca del amor y del respeto a los otros: “¡amaos!”, que sois hermanos, hijos del mismo Padre?

- ♦ Tenemos que buscar, codo a codo con los compañeros de este viaje que es la vida, ese *abanico de sentidos* que a unos y otros nos ayudan a vivir, y la solución a muchos problemas sanitarios, de educación, de cultura, que compartimos a escala planetaria. Con una maravillosa herramienta que compartimos, *la razón*. Y otra herramienta que es casi otro nombre de la misma razón, *la ciencia*. ¿Cuántas veces usamos la razón y la ciencia en nuestra pasión por la vida, por el ser humano? Sí, ya sé que hay muchas opiniones, tantas como periódicos o emisoras o universidades o fundaciones, que ahora tanto abundan. Pero, ¿quién ofrece más aproximación a la realidad, a la vida?
- ♦ Y hay algo más. Quienes tenemos la osadía de llamarnos *cristianos* y compartimos esa referencia en grupos o comunidades del mismo color, *iglesia o iglesias*, cuando salimos cada mañana a desempeñar “el oficio de vivir”, llevamos, como muchos ciudadanos, el afán de vivir, de trabajar, de mejorar-transformar-mantener este mundo que nos rodea, el afán de querer y ser queridos, de disfrutar de la vida en distintas formas y en lo más profundo de nosotros mismos y con los nuestros, y llevamos quizá en las tripas una experiencia cualitativa y razonada de Dios. Es posible que, con tales ingredientes pueda producirse la explosión de la fe:

“mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / y yéndolos mirando / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura”. Seguro que, con ojos de poetas y de místicos, de creyentes al fin, se llegaría a la conclusión de que, en *esta* sociedad y *este* tiempo hay innumerables realidades “vestidas de [su] hermosura”. ¿Quién se apunta a místico o poeta,

para circular por estos caminos de la difícil ciudadanía?

Buen papel para las “comunidades de con-

vicciones” y similares. Pero ¿se puede imponer esto, con el forceps de la ley civil?

- ♦ Vinculamos nuestra suerte a los débiles y desheredados de hoy, aunque para nada podemos sestear en la mera expresión de buenas intenciones, sino que debemos buscar cada día nuevas formas de solidaridad y colaboración reales. ¿Si tuviéramos la fuerza provocadora y solidaria de Bono, el cantante de U2...!
- ♦ ¿A qué laico o laicista, como quieran, le molestaría tener a un vecino así en la misma escalera? ¿Quién evitaría como vecinos a personas como Díez Alegría (94 años) o Casaldáliga (ca. 80), tan creyentes confesos los dos, que son acogidos cordialmente incluso en medios habitualmente inhóspitos a hechos religiosos sin morbo mediático? Cito a tales personas, porque están en esa zona de los universales humanos a quienes uno le gustaría parecerse, pero aseguro que mi lista personal sería bastante grande e incluiría a muchas personas del común, al que yo mismo pertenezco.
- ♦ El cambio de paradigmas, el zarandeo de creencias o convicciones, nos ha dejado sin respuestas *globales y seguras*. A nosotros, como a todos, porque somos todos hijos de un

¿Cuántas veces usamos
la razón y la ciencia
en nuestra pasión
por la vida?

tiempo de preguntas a voleo. Pero, ¿tiene que haber *respuestas seguras para todo*? ¿No seríamos capaces de *educar y educarnos religiosamente en la capacidad de soportar dudas*? Muchas dudas diarias y la gran duda del mal y la injusticia que permanecen contra toda esperanza.

- ♦ Creemos en el porvenir y tenemos la osadía de llamarle Dios. Pero, ¿cuál es el rostro de Dios que transmitimos? ¿Respetuoso de la libertad de hombres y mujeres y capaz de seducirles? ¿O celoso de las migajas de felicidad que aparentan disfrutar los humanos y vengador de cualquier sonrisa? Construir la convivencia democrática junto a todos nuestros conciudadanos, en *esta* sociedad y en *este* tiempo, es tarea épica y ética de gran relevancia. Se necesitan poetas, místicos, y artistas varios que compartan el instinto de percibir el paso de Dios. En lugar de ellos, parece que sólo se exhiben los profetas de calamidades.

Y a lo mejor tiene razón M. Fraijó: “No es pertinente reducir el cristianismo a ética. El cristianismo es un gran relato”.

¿Entonces? ¿Cuál es el papel de los teólogos, los obispos, las comunidades y grupos cristianos, su papel, lector amigo, y el mío? ¿No habría que tomar nota, y empezar a recorrer otros senderos?...